

LAS MUJERES DE CHARLIE BROWN

Charlie Brown ya llevaba un buen rato esperándome.

—¿Qué le pasó? Casi no llega —me reprocha Charlie.

—Es que no me pude volar antes.

—¿Cómo así que volar?, ¿es que vive en una cárcel o qué? —Charlie me mira detenidamente—. Míre, le dije que se peinara bien.

—¿Para qué?

—Así parece un culicagado. Tenga. —Me entrega un peine—. Y apurémonos que vamos a llegar tarde.

En el bus comienzo a sentir miedo. Ningún pasajero nos deja de mirar. Hasta el chofer nos echa ojo por el retrovisor. Cinco y cincuenta. Faltan diez para las seis.

—No nos podemos demorar —le digo—. Me falta una tarea para mañana.

—Entonces ¿para qué vino? —dice ofuscado—. No joda tanto, relájese. ¿Trajo plata?

—Me ajusté con la billetera de mi papá. ¿Y sabe qué, Charlie? Esto lo he hecho muchas veces.

Quién puede creerlo. Si la voz apenas me acaba de cambiar. Si recién se me está oscureciendo el pubis. Si todavía me da miedo dormir solo.

Bertica se levanta. La taquilla queda sola.

—Van a llamar a la policía —le digo, casi llorando, a Charlie.

—No seas güevón. ¡Poné cara de viejo que ahí viene el dueño!

Un hombre calvo asoma la cabeza por la ventanilla, nos echa una mirada rápida y le dice algo a Bertica.

—Cien pesos —dice Bertica, y el mundo vuelve a girar.

Nos sentamos en las sillas que escoge Charlie. La sala no está muy llena. Miro con disimulo. Veo en todas las caras el gesto vil con el que me acusarían. Ya puedo imaginar a mamá llorando. No veo más. La luz se apaga. Charlie se recuesta cómodamente, encarama los pies sobre el asiento de adelante, suelta una risita que yo no entiendo.

—Nunca vas a ver mujeres como estas —me dice.

No volvemos a hablar. La acción empieza rápido. Esperaba el comienzo de una historia pero ya todos los actores están sin ropa y... mis piernas parecen soltarse, mis manos se agarran de los bordes de la butaca, mis ojos no caben en sus cuevas, siento que toda la sangre fluye hacia abajo, que se acumula entre mis piernas, que mi pene busca abrirse espacio a medida que se agranda.

¿Cuánto lleva la película? ¿Cinco minutos? ¿Una hora? Charlie Brown se aprieta. Mete la mano entre el pantalón. No sabe que lo miro. Confundo la actitud de Charlie con las escenas de la pantalla. Él penetra a las actrices. Quiero

apretármelo como Charlie. Quiero meterme en la trama como él y tenerlas a todas donde él ahora tiene la mano. ¡Paren la película que voy a estallar!

—¿Qué pasa, hermanito? —me sacude Charlie Brown.

—¿Qué pasó? —pregunto sorprendido.

—Que ya se acabó la película.

—¿Se acabó?

—Se acabó.

—Vámonos de aquí, Charlie Brown.

En el bus únicamente íbamos él, yo y un tipo que cantaba como si fuera solo. Charlie me dijo que se bajaba en la próxima. Estuve a punto de suplicarle que no se fuera. Tenía mil preguntas para hacerle. No quería llegar todavía a mi casa pero me acordé de que tenía una tarea por hacer. Para qué quería yo resolver treinta ejercicios de álgebra si no lograba desenredar lo que acababa de suceder. De todos modos, Charlie Brown tampoco tendría la respuesta.

—¿Dónde estabas? —la eterna pregunta.

—En la casa de Carlitos Moreno.

—¿Estudiaron?

—No. Estábamos con sus amigas.

Mis padres se miraron y sonrieron. Los pude ver mientras subía, a toda velocidad, a mi cuarto.

De pronto hubiera sido mejor esperar tres años. Hoy las matemáticas me vencieron. Metido en las cobijas, me doy cuenta de que por primera vez apagué la luz del baño, que todas las noches dejaba encendida. Tal vez tres años son una larga espera.

—Gracias, Charlie Brown.